# XIII

## EN LONDRES

Y lo mismo que un sueño nos hechiza toda una noche, nos acerca lo que tenemos lejos y mece nuestro cerebro, así el *City of Berlin* me meció blandamente en mi travesía de Nueva York á Liverpool; ocho días en que me creí sonámbulo; ocho días en los que minuto á minuto me asombraba de que no nos fuéramos á pique; de que el barco no se hundiera con los pasajeros, conmigo y con el anhelo de toda mi vida: conocer Europa!

En vez del temido siniestro marítimo, un viaje delicioso; dos ó tres pasajeras encantadoras; dos bailes sobre cubierta á beneficio de las viudas y los huérfanos de los marinos; un concierto en que todos tomamos parte, yo con los coristas, entonando á voz en cuello música inglesa, música

que es una mezcla de evangelismo y melancolías de negro esclavo. En el *smoking room*, existencia británica por las noches: pipas pestilentes, *brandy* con soda, alegría seria, piés enormes, baladas irlandesas, narraciones de cacerías en la India; el camarero, de frac y corbata blanca. En el comedor, corrección; con las señoras, intimidad respetuosa; en los camarotes, aseo; en la máquina velocidad. Al caer la tarde, crepúsculos como impregnados de besos de nodriza; sobre cubierta, ojos azules y cabellos rubios; yo, en mi sillón, fumando un cigarro cuyas espirales de humo me arrebataba la brisa fresca, la misma que nos obligaba á arrebujarnos con las mantas, mientras por la boca y la nariz se nos entraba con su sabor de fuerza y su perfume indefinible y acre. Allí permanecía yo las horas enteras; á medio cerrar los ojos, el pensamiento á medio abrir; el mar, lamiendo los costados del buque; mis recuerdos recientes y delicados, dos meses en mi tierra, con mi familia, ascendido á primer secretario, mi libro en venta; en el horizonte Europa, y en lontananza, la República Argentina y por consecuencia la América del Sur; lo que no conocía, lo que deseaba conocer!

Llegamos de noche á Liverpool, no podíamos



desembarcar, y el capitán nos ofreció á bordo una gran cena de despedida. Dormí mal, me levanté temprano; había en el cielo, bruma, en el puerto, un fantástico bosque de mástiles desvanecidos, y frente á nosotros, un muelle colosal, de piedra, coronado de personas con paraguas é impermeables, que se empinaban para distinguir á los viajeros, y de empleados con gruesas botas y gorros de hule, que arrastraban cadenas soltando de cuando en cuando para ilustrar la maniobra, voces guturales, roncas, como graznidos de ave salvaje que huye.

Saltamos á tierra, abrimos los baúles, coheché á un aduanero para que no decomisara mis cigarrillos habanos, escribió éste los signos cabalísticos de costumbre, y los baúles y yo nos instalamos dentro de un carruaje. Y desde éste momento hasta que tomé el tren para Londres—un par de horas—ordené al auriga que se echara á caminar calles. De suerte que las impresiones que recogí, las recogí á escape, como si viera yo de prisa un estereoscopo perfeccionado; calles rectas, edificios iguales entre sí, abundancia de parques y jardincillos, algunos monumentos, varias estátuas, mucha gente, muchos carros, muchos coches, un hormiguero humano; en el cielo, siempre la bruma

y circundando la ciudad, el mismo bosque de mástiles desvanecidos. Nota curiosa : un exceso de asnos pequeños que tiraban de vehículos pequeños también ; las orejas rectas, cascabeles en el cuello, trotando con un trote menudito y humilde por sobre el lodo gris y resbaladizo. Da alegría verlos cruzar por aquel *maremagnum*, diríase que coche, conductor y asno convierten en juego la labor y andan de bureo, cual los mimados del puerto gigantesco. Por lo demás, nada nuevo; Liverpool me hizo el efecto de una ciudad importante de los Estados Unidos ; los mismos rostros, los mismos rótulos, espíritus y cervezas á cada paso ; los mismos harapos de tiempo en tiempo ; la misma potencia y la misma miseria; junto á un banco un mendigo; junto á un templo una vendedora de violetas; y ruído y movimiento y ansia de oro. El todo, salpicado de gritos religiosos impresos en los techos, con caracteres enormes, es la *Salvation Army* quien lo ejecuta en forma de amenaza :

—¿Ha pensado vd. en su salvación?...

Luego, en el paradero, un tren larguísimo. Cierran las portezuelas, está uno prisionero. En las estaciones del tránsito, vendedores vestidos á la manera de lacayos de casa rica que ofrecen vasos



de leche, fruta y pasteles. Ciudades y ciudades que se vislumbran llenas de comodidades, de árboles, de dinero; limpias, rectangulares, frías. El campo, que causa envidia, un verdadero tablero de ajedrez, pródigo, rico, trabajado; cada casilla es de un dueño distinto, y granjas y ganado y útiles de labranza ; la naturaleza en nupcias perpétuas y fecundas con el hombre. Entonces es cuando se comprende por qué vale tanto Inglaterra, al mirar sus campos. Y en los peñascos, en cualquier sitio disponible, junto á un anuncio de *whiskey*, la pregunta de la *Salvation Army*, que al fin se le clava á uno, lo preocupa, le amarga el paisaje :

—¿Ha pensado vd. en su salvación?...

A eso de las tres de la tarde, nos detuvimos dentro de una estación mónstruo.

—*London!!* —gritaron los guarda-frenos con mucho de orgullo en el modo de pronunciar la palabra.

Antes de descender, asomé la cabeza por una ventanilla y me sentí mareado, estaba yo en *Charing-Cross*.

¡Qué efecto el que causa Londres cuando pisa uno sus fauces! Por lo que á mí toca, declaro que fué idéntico al que me causó un gigante chino que ví de muchacho en un museo de Nueva York. El

gigante, sin duda conoció mis ascos, pues sonriendo me invitó á montar en uno de sus brazos; y aunque yo sabía que ningún mal iba á hacerme allí, en el museo, no pasé un buen rato en la momentánea cabalgadura. Londres me asustó; quedéme en el andén con mis maletas, estremecido ante el aliento que llegaba hasta mí, un aliento mixto de cuatro millones de individuos, de humo de chimeneas, de lágrimas y de libras esterlinas. Seguí maquinalmente al cochero que había tomado mi equipaje y que me condujo al hotel, después de rodar por calles y calles, todas largas, larguísimas, severas; en las del gran tráfico, unos postes salvavidas, positivos islotes en el centro de la bocacalle, con capacidad para media docena de personas y esta ordenanza en alto, para los cocheros.

—*Keep to the left!*

Por casual coincidencia, los dos centros más populosos que he conocido, Nueva York y Londres, los he conocido en domingo; cuando el movimiento disminuye un setenta y cinco por ciento, cuando las diversiones se suspenden, cuando aumentan los borrachos en las cantinas, á puerta cerrada, cuando la Biblia triunfa en los templos y en el hogar. El hotel en que fuí á parar me alivió el



ánimo; se halla al fondo de *Arundell street*, en una especie de patio descubierto y sin salida; es pequeño, propiedad de italianos. En el corazón del *West End*, desembocando en la calle de *Piccadilly*, parece que le hiciera á uno señas desde su lugar, que le llamara y le ofreciera silencio junto al ruído, quietud y reposo con sus ventanas vestidas de cortinas blancas y su suizo de uniforme que recibe á los huéspedes en la puerta de la casa, la gorra en la mano, hablando cuatro idiomas diversos.

—*¿Il signor desidera?*...me preguntó creyéndome italiano.

—Que siempre me hable vd. en esa lengua,—le repuse encantado de la inflexión cariñosa de su pregunta que me curaba de varios días de idioma inglés.

Permanecí una quincena en la gran ciudad, con los ojos bien abiertos y la retina bien dispuesta; decidido á almacenar el mayor número posible de rostros, fachadas y perspectivas; codeando la vida opulenta que encierra aquélla en sus recintos; incansable y curioso. Salía por las mañanas, á caminar, á hacer compras; si me cansaba, metíame indistintamente en un ómnibus, en un *cab* ó en una *luncheon house*. A la tarde, reuníame con el

señor Lizardi, secretario de nuestra legación allí, comíamos juntos casi siempre, en el hotel ó en su club, y juntos íbamos después á los teatros y á los paseos. La famosa *season* había concluído ya, Londres estaba triste según los londonenses; y el miedo que me causó en un principio, miedo de corta duración, dejó el sitio á un sentimiento de gratitud hacia los Estados Unidos. Sí señor, yo que me habría reído de suponer verosímil siquiera el tener gratitud alguna vez en mi vida á los Estados Unidos, la tuve y muy justificada; me ahorraron esa admiración servil que nos inspira Europa. El que ha vivido en las grandes ciudades de los Estados Unidos -- no hablo de museos ni de obras de arte — Londres y París no le harán abrir la boca, ni pasmarse, ni entusiasmarse. Londres y París, á pesar de sus hermosuras y grandezas, no pueden ofrecer calle ninguna que compita, por ejemplo, con la 5ª Avenida de Nueva York.

Tuve ocasión de mirar el *ballet* á la moda en esa época, el *Excelsior,* que bailaban en el teatro Alhambra, y no le encontré sino un solo defecto: demasiado automático. En compensación, hallé que las mujeres que componen el cuerpo de baile, unas 70 bailarinas, eran todas bonitas; había para todos los gustos, lo mismo un príncipe que el último de los particulares podían hacer una elección á su capricho. ¡Qué maestría y qué precisión en los movimientos, en las figuras, en los grupos! Cuando todas ellas se dirigían corriendo hasta las candilejas, casi tendía los brazos para recibirlas, á las que abarcara, é impedir que aquella colección de curvas voluptuosas se precipitara sobre la orquesta. Y cuenta que á mí nunca me han hecho feliz los cuerpos de baile; repugnan á mi delicadeza de nervioso; me causan dolor esas piernas nervudas, esas actitudes de saltimbanco, esas carreras de caballo de circo. Quiero que la mujer sea mujer y nada más que mujer, que no me muestre sus atractivos como la bailarina, así, de una manera brutal, sino que me deje conquistárselos, írselos descubriendo uno á uno, y luego, que me acaricie, se me muestre femenina en sus actos y en sus caprichos, que con cada placer me traiga un dolor y con cada sonrisa una vibración; que sus biceps no me inspiren temores sino deseos de defenderlos y de besarlos; que el día, el mes ó el año que me consagre sea mío única y exclusivamente, sin coparticipaciones con un público lascivo que ha comido bien y que exige que lo exciten por su dinero. Por lo cual, me interesó mucho más la cantinera que me que-